

QUÉ PAR
de
LOCOS!

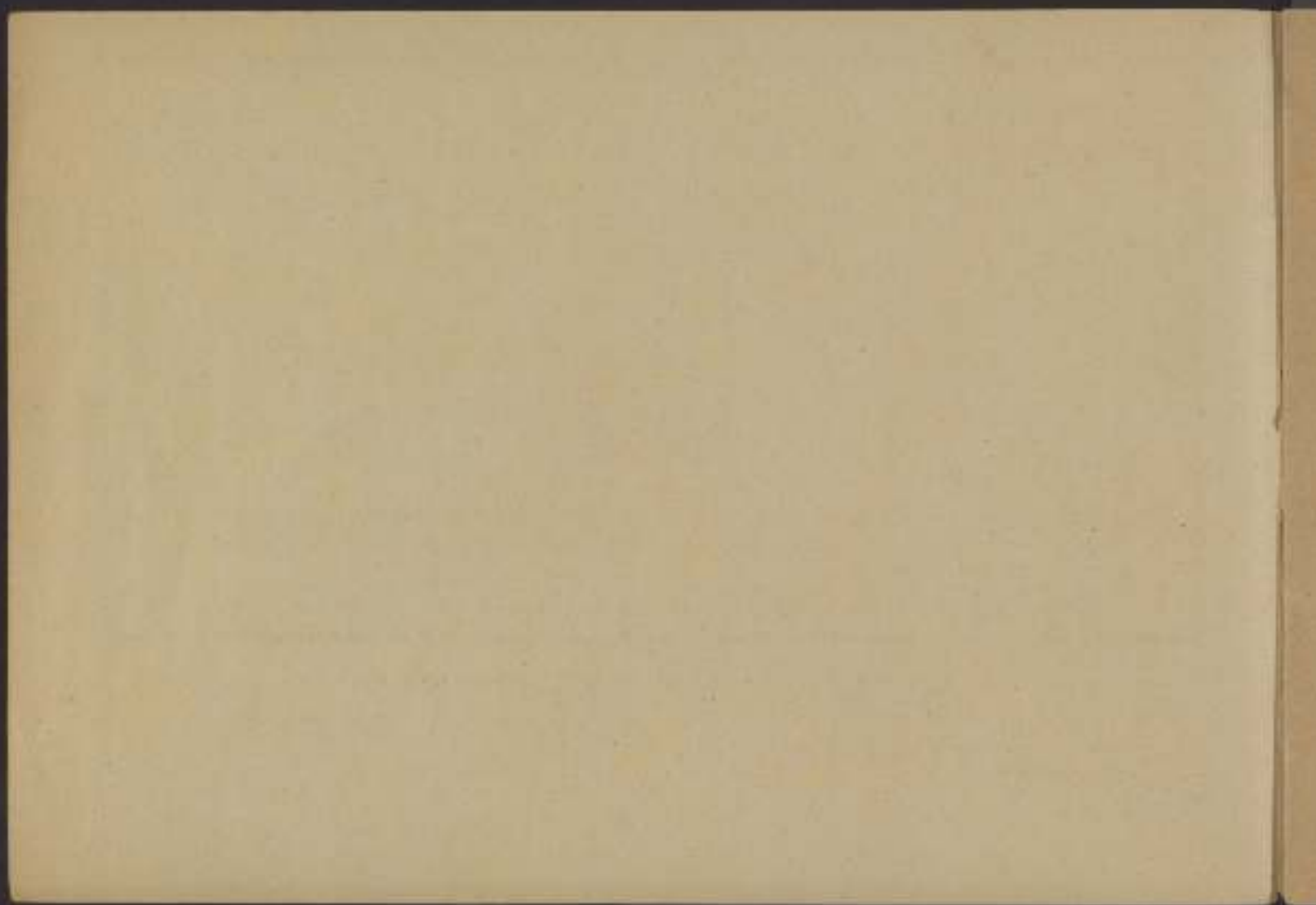


STAN LAUREL OLIVER HARDY



CON
DANTE
El Mago





¡Qué par de locos!

Novela policiaca, de intrigante asunto, con hilarantes trucos de magia

Argumento original de

LOU BRESLOW Y STANLEY RAUH

Productor

SOL M. WURTZEL

Es un film

Dirección

ALFRED WERKER



LA MARCA DE LOS HALOS DE TRAMPO

Principales intérpretes: Stan Laurel y Oliver Hardy; Dante; el Mago; Sheila Ryan; John Shelton; Don Costello; Elisha Cook, Jr.; Edward Cargan; Addison Richards; George Lynn; James Bush; Lou Lubin, etc.

EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — BARCELONA

SINTESIS DEL ARGUMENTO

El gordinflón Oliver y el flaco Stan salieron de la cárcel de Hamilton, en donde les había metido su gaudulería, acompañados de dos robustos policías. Estos les preguntaron con mucha curiosidad si les había gustado el aposento y Stan respondió muy apenado:

—Si hemos de ser francos, las migas estaban hechas un pegote.

Inmediatamente, un par de tremendas patadas propinçadas en el tendillo de los pantalones les mandó por los aires. Mientras se frotaban la parte dolorida, los policías les avisaron que tenían que alejarse de la ciudad en menos de seis horas o, si no lo hacían, pasarían sesenta días con un pico y una pala.

Stan y Oliver pusieron los pies en polvorosa, pues no

les gustaba trabajar. Pero, como no tenían el clavo auténtico, fueron a la carretera y estuvieron indicando a los autos que se pararan. Uno señalaba hacia un lado, el otro hacia el opuesto; por consiguiente, fracasaron en sus deseos. Stan tenía torticollis de tanto sacudir la cabeza negativamente.

Por último, un conductor se apiadó de ellos y detuvo su coche, pero como Stan seguía negando, estuvo a punto de marcharse. Oliver impulsó a Stan dentro del coche y se acomodó elegantemente. El auto no arrancaba; se le había descargado una batería. Amablemente, los dos amigos se ofrecieron a empujarle hasta que se pusiera en marcha.

Aun seguían empujando con la cabeza, cuando entraron en Hamilton. Los sembreros de Stan y Oliver estaban afligidos. Entonces se dieron cuenta de que el conductor no iba a Florida, como quería Stan, dispuesto a tragarse veinte docenas de naranjas, ya que el chófer, un cuando muy agra decido de su ayuda, entró tranquilamente en su casa.

Reventados de cansancio, se sentaron en el parachoques del automóvil. Allí peligrosamente y era urgente marcharse de la población, antes de ser descubiertos por la policía. Un repartidor de periódicos les lanzó a los pies un diario, destinado al dueño del automóvil, y Oliver lo desplegó, mientras Stan le decía:

—Mira a ver qué está haciendo Popsy.

Oliver casi le arrojó una bofetada. Leyó la sección de anuncios, uno de los cuales prometía transporte gratis y gastos pagados hasta Dayton. Aquella era una ocasión para salir de la ciudad. Con el periódico entre los dedos fueron a la dirección señalada por el anuncio.

Ante la casa, Stan quiso llamar antes que Oliver, pero éste le propinó una patada que le arrojó el paraguas de las manos. El único que mandaba era Oliver; Stan derramó unas lágrimas y le cedió el lugar de honor.

Los que habían puesto el anuncio eran tres gangsters, Joe, Frank y Darby. El último se metió de un salto dentro de un ataúd. Frank se puso unas gafas, una peluca y se sentó en un sillón, mientras Joe abría la puerta a los dos vagabundos.

Oliver se descubrió y saludó a Joe, dando a conocer sus intenciones. El gangster miró con recelo a Stan, que estaba cubierto y cuyo sombrero salió volando de un papirotazo dado por Oliver. Convencido Joe de que eran unos inocen-

tes corderos, los presentó a Frank, vestido ya de mujer, que gimoteaba la muerte de su hijo. Este se había "ido", explicó Joe.

—¿Dónde se fue?—preguntó extrañado Stan, recibiendo una patada en la espinilla.

Oliver había comprendido y le dio el pésame. Guiados hasta el ataúd, a los dos amigos se les pusieron los pelos de punta. Joe deseaba que acompañaran al cadáver, pero no estaban dispuestos a hacerlo y bayeron como alma que lleva el diablo.

Los gangsters se entretuvieron unos con otros al ver fracasados sus planes y no faltó mucho para que disparasen sus pistolas. Pero Oliver y Stan, que habían descubierto a los guardias rondando por los contornos, regresaron a la casa y aceptaron el trato de Jos. Recibirían cien dólares por su trabajo; la mitad en la estación y el resto en Dayton, al entregar el muerto. Consiguieron, no obstante, veinte dólares para comer y se marcharon.

Apenas habían cerrado la puerta, se presentaron dos bandidos más, el Doctor y Dixie, que no reconocieron a Frank hasta que se quitó el traje de mujer. Llevados ante el supuesto cadáver, los recién llegados recibieron un susto mayúsculo al ver que el difunto se ponía en pie y les estrechaba las manos. Darby hizo que Joe entregara al Doctor un recorte de periódico que contenía la aclaración de su extraño comportamiento, debido a lo siguiente:

Darby quería suplantar al sobrino de un rico trapero, fallecido hacía pocos días. En caso de que el sobrino no apareciera, la herencia iría a parar a la ciudad para construir un parque zoológico. Como Darby era perseguido por la policía, la única manera de salir de Hamilton sin ser apresado era emplear el ataúd, que habían de acompañar Stan y Oliver, provisto de un respiradero disimulado. El Doctor recibiría la caja en una oficina arruinada que alguna vez en Dayton.

Oliver y Stan fueron puntuales, llegando con tiempo a la estación. La policía había localizado a Darby en la ciudad y les puso en un apuro, que resolvieron esconduéndose tras de una puerta. Entonces se encontraron con un mozo que llevaba el ataúd y le ayudaron a descargarlo. Stan perdió las fuerzas antes de dejarlo en el andén; lo saltó, pillando debajo los pies de Oliver, que de un revés le animó a tener más cuidado.

Stan, incorregible como siempre, le soltó un parangón en las narices... sin querer, y su amigo rugió desesperado. Joe les entregó en la sala de espera el dinero prometido y el importe de la facturación, marchándose a renglón seguido.

Entretanto, el muelle de la estación se veía invadido por los empleados de "Dante, el mago", célebre prestidigitador. Como llegaban retrasados, mandados por Tommy, el regidor, descargaron en un abrir y cerrar de ojos la impedimenta e instrumentos de la compañía, entre los que se contaba un atud del mismo tamaño y aspecto que el de Stan y Oliver. Su apareamiento originó una confusión, pues, al pegar las etiquetas del espectáculo, pusieron una al fétetro de Darby, dejando en el andén el del teatro.

La locomotora pitaba, dando la señal de partida, cuando Stan y Oliver regresaron a su atud, con premura, pegaron la etiqueta del supuesto Carlitos fallecido en el atud perteneciente a la compañía de variedades y lo metieron en el vagón, cuando ya el tren corría a toda velocidad.

Stan y Oliver entraron en el departamento de fumadores, discutiendo quién se había comido mayor porción de una bocadilla que el ahorrativo Oliver había comprado. Dos hombres al ver que contaban el dinero, cambiaron una mirada de inteligencia y uno de ellos exclamó:

—¡Tenemos bastante dinero para nuestros gastos en Medford!

Asombrados Stan y Oliver, advirtieron que sacaban una manecilla, metían un billete de un dólar por entre unos rodillos, los hacían girar y ¡el billete de un dólar se convertía en uno de diez! Luego, este de diez, pasando entre los cilindros, ¡se convertía en uno de cien!

Los dos vagabundos abrieron unos ojos como cuerdas de acero. Oliver pidió permiso para tocar este billete y los dos hombres se lo alargaron muy risueños. Aquel aparato se llamaba "inflador" y enriquecía al que lo poseía. Oliver preguntó dónde podría comprar uno... El tren llegaba a Medford y los dos hombres se lo vendieron por todo el dinero que tenía la pareja, exceptuando un dólar necesario para empujar la producción de billetes.

Stan y Oliver habían sido engañados como chinos, pero, como no lo sabían, comieron opíparamente, forjando risueños planes para el futuro. Acabada la cena, Oliver encendió un puro, arrebató el otro a Stan, guardandoselo en un hol-

sillo, y pidió la cuenta al camarero negro con el aire de un multimillonario. Aquella subió a seis dólares ochenta centavos.

—¡Muy... muy razonable!—aprobó Oliver, asentido por Stan.

Sacó el "inflador", metió el billete de un dólar, hizo girar la manivela y alargó el billete que salió al negro. Este soltó la carcajada: el billete era de teatro. Los dos amigos se excusaron, dieron más vueltas, pero sin ningún resultado. Mientras el negro iba en busca del detective del tren, Stan y Oliver, sacudieron, mecieron, agitaron el "inflador". Nada. La manivela de Oliver se metió en el aparato y pasaron las de Cain para sacarlo de allí, cota y arrugada.

Una vez el detective dio la orden de que el tren pasase en la estación siguiente, en donde les entregaría a la policía, Stan y Oliver lo recorrieron en busca de los estafadores y así conocieron a "Dante, el mago".

"Dante, el mago", era un hombre ya viejo, dulce y bondadoso. Estaba convirtiendo el azúcar en caramelos y los vasos en palomas con gran contento de los niños que había en el comedor. Stan y Oliver le tomaron, a causa de su largo pelo y su barbita, por Bufalo Bill, pero Dante se presentó y les aseguró que la máquina, el "inflador", no valía ni un dólar.

—Yo soy mago—añadió,

Oliver, entusiasmado al saberlo, intentó hacer un juego de manos con una baraja, que fracasó, naturalmente, y cuando le pidió la carta, Dante dijo que estaba bajo el sombrero de Stan, el cual, con una muestra de miedo, la encontró entre su pelo. El detective quiso llevárselos, pero Dante pagó la cuenta bajo promesa de que se lo devolverían al día siguiente, previa a los cincuenta dólares de Carlitos, que cobrarían al llegar a destino con el atud. Y se marcharon muy satisfechos, llevando toda la baraja pegada al cuerpo, mediante las artes mágicas del bonachón Dante.

El Doctor pidió comunicación con el fiscal Malcolm Kilgore, desde la clínica que había alquilado en Dayton, anunciándole que allí tenía un paciente que respondía a las señas de Egbert Norton, el heredero del trapero. El fiscal y el Doctor concertaron que primero iría a la clínica a visitar al heredero...

El ataúd fué transportado a la clínica en aquel momento. Dixie y sus cómplices lo trasladaron con gran alboroto al interior del edificio. Cuando hablaron a Darby y golpearon el ataúd, no respondió. Temiendo que hubiera muerto asustado, lo abrieron. En su lugar había una momia y unos carteles de "Dante, el mago".

—Váman al teatro del Temple—propuso Joe muy decidido, comprendiendo toda la sacriada; es decir, el cambio casual de atalides.

Pero el Doctor aseguró que era arriesgado que lo hiciera con ellos, se ofreció él y telefonó antes al fiscal Kilgore retrasando la cita. Así que se habieron marchado, el fiscal se presentó en la clínica, estudió el ataúd, vió los carteles del espectáculo de Dante y advirtió lo ocurrido.

Oliver y Stan penetraron en el teatro del Temple, cuando todo se disponía para la función de la tarde. Encontraron al señor Dante y le pagaron la deuda, pues habían cobrado religiosamente el resto convenido al entregar el ataúd equivocado, cosa que nadie sabía, claro, después de lo cual fueron presentados al joven Tommy White, el regidor de escena, que hacía colocar unas cabinas telefónicas en el escenario.

—¿Puede ayudarme en algo?—se ofreció Oliver.

Aceptaron los artistas y Stan entró en la cabina de la izquierda, mientras su amigo lo observaba. Stan salió por la cabina de la derecha pidiendo dos fichas. Oliver vió visiones... Se frotó los ojos, abrió la cabina de la derecha y salió. ¡el mismo! Es decir, era Oliver, a quien había Stan apareciendo de la cabina de la izquierda. Horrorizado se frotó los ojos.

—Esto marcha divinamente—dijo Dante.

Oliver buscó a su amigo en las dos cabinas. Estaban desiertas y Stan le hablaba desde un palco de la sala. Cuando Oliver levantó los párpados, Stan huyó de sus pies. El gordiellón lanzó un gemido y Dante encargó a Tommy, en vista de lo cómico, que resultaban los dos gándulos, que los contratase.

—Yo no tengo experiencia—respondió Stan.

—Yo tengo por los dos juntos—afirmó Oliver, dándole un codazo en el estómago.

Fueron contratados por veinticinco dólares semanales. Ninguno de los dos se fió en el ataúd que unos empleados

subían hasta la cúpula del teatro, sujetándolo al escenario con la ayuda de unas cuerdas.

Mientras Stan y Oliver se vestían, Margot y Tommy, que estaban prometidos, charlaban con Dante, tío de la joven. El gordiellón llamó al mago desde el pasillo. Stan y Oliver iban vestidos fantásticamente, a estilo árabe, y se pavoneaban llenos de orgullo.

—Parecen una página de las Mil y una noches—dijo Dante.

—Oliver parece todo el libro—contestó Stan, recibiendo un empujón de su compañero de aventuras.

Tommy les encargó que transportasen una mesa. Los hambrientos vagabundos notaron que la boca se les hacía agua. Estaba cubierta de apetitosos manjares. En tanto que Stan añaba un cuchillo, Oliver hincó un tenedor en la carne. La superficie de la mesa dió la vuelta, ocultando los platos y dejando sobre ella una fuente cubierta por una tapadera. Se calamieron y la destaparon. Un trapel de pollitos correteó por el escenario.

Tommy, comprendiendo lo torpes que eran, les encargó que llevaran un pájaro al guardarropi. La cabeza de Stan chocó contra una escalera y Oliver se burló de él, pero al llegar al otro lado pegó un topetazo contra un escalón, produciendo un sonido hueco delator de la vacía que tenía la mollera.

En el guardarropi les esperaba una sorpresa. Franck está de un escondite y les apuntó con una pistola, ordenándoles que lo dieran en dónde estaban el ataúd y el doctor Lahn. Stan y Oliver tartamudearon unas protestas y el gangster gritó al fisco:

—¡Cállate y empieza a cantar!

Stan, tomándolo al pie de la letra, dió el tono, cantó y desafinó con Oliver durante unos segundos hasta que Franck, perdiendo la paciencia, les amenazó con matarles. Oliver y Stan gimotearon. La reunión aumentó con la llegada de Dixie y de Joe que, sospechando uno de otro, investigaban el paradero del ataúd. Cesó llegar a las manos y el gordo y el fisco comenzaron a sospechar, pero Franck tuvo una idea para serenarlos.

—Muchachos, voy a aclararos este secreto. Somos estu-
diantes. El hombre del ataúd no estaba realmente muerto. Es sencillamente una apuesta. El ataúd con el que os mandé se ha confundido con el del mago. Debe estar por aquí.

—Se podría insuflar... asfósar... dejar de respirar—declaró Stan, trabajosamente.

Decididos a salvar la vida de un hombre, y las suyas de paso, Stan y Oliver indagaron por el escenario. Los bandidos se quedaron en su escondita para no ser descubiertos y entregados a la policía.

Entretanto, Dante había comenzado la representación. Hizo surgir de la nada a su sobrina, diciendo las palabras sacramentales de "Sin Sala Bim", la hipnotizó, la hizo tumbar en una mesa, que de pronto se remanó en el aire, en donde permaneció quieta. Luego, arrancó la tela que la cubría y la hizo desaparecer, quedándose solo en el escenario, mientras los niños aplaudían a rabiar.

Stan, prosiguiendo sus investigaciones para el hallazgo de Carlos, alias Darby, subió una escalera de mano y miró muy extrañado a la pared. Allí le encontró Oliver, que, obedeciendo a sus indicaciones de que subiera también, inquirió extrañado qué le ocurría.

—No veo por esta ventana— señaló Stan a una decoración.

Patinaron escaleras abajo y, rodando por el suelo, chocaron contra una estatua, rompiéndola en mil pedacitos. Horrificados de lo que habían hecho, montaron los trozos de cualquier forma, de manera que la cara miraba a los talones, y se escabulleron detrás de un biombo al oír ruido de pasos.

Estos eran los de los bandidos, que no fiándose de ellos, se pusieron de acuerdo en buscar a su jefe. La entrada del teniente Foster les hizo retroceder. Foster iba en busca de Tommy, acusado de un delito contra la justicia, con el propósito de llevarlo a la jefatura. Tommy le enterneció con sus promesas; se había reformado y además quería casarse con Margot.

Conocido el teniente, ocupó un palco para asistir a la representación. Poco después, el fiscal Kilgory se sentaba entre los espectadores, mirando con recelo al atánid colgado del techo. Stan y Oliver salieron de detrás del biombo. Habían oído la conversación anterior y Stan lloraba a moco tendido. Lloraba porque se estaba enamorando de Margot.

De un empujón, Oliver le proyectó hacia el escenario. Los bandidos permanecían allí indecisos. Al verlos, los persiguieron. Stan y Oliver, lanzando exclamaciones de pánico, se precipitaron a escena, siendo acogidos por una carcajada

general. Dante esperó asombrado a que acabase y anunció que les iba a presentar el truco más de la cuerda.

Dieron a Oliver un clarinete. El gorditiño se sentó sobre un cojín y, a medida que las notas iban sonando, la cuerda salía del cesto y se elevaba en el aire, poniéndose rígida. Cuando dejaba de soplar para recobrar el aliento, la cuerda se plegaba y caía al suelo. Stan fue obligado a trepar por la cuerda. Oliver se abió, tosió y la cuerda casi estrelló a Stan que lloraba rogando a su amigo que soplaré con toda su alma.

Un chiquillo envió un cañamón al rostro congestionado de Oliver. Esto se detuvo, Stan bajó a cien por hora, aullando como si le despelajaran. Volvió a tocar Oliver y recibió la pedrada de un tirador. Stan se inclinó sobre el público. Torno a enderezarse la cuerda y los pulmones agotados de Oliver rizaron bastante... Como un rayo, Stan se desplomó sobre el cesto, aplastándolo entre los aplausos y risas de todos.

Los bandidos los aguardaban entre las cortinas. Los escabulleron y Oliver se metió en el cajón de los mabins, rechazando a Stan, que protestaba de su injusto proceder. Cuando aparecieron dos empleados, pese a los gemidos de Stan, clavaron las espadas en toda la caja. Oliver las esquivó como pudo, encogiéndose su voluminosa barriga. Por último, en cuanto tuvo una espada debajo de las narices, la caja fué sacada al escenario.

En este, Dante anunció su propósito de atravesar el cuerpo de Margot una vez estuviera encerrada en ella. Pero no lo hizo; la fría hoja de acero hizo estornudar a Oliver, enviando las espadas a los cuatro puntos cardinales y salió disparado.

Los bandidos habían descubierto el atánid atado en el techo. Solo podían hacer una cosa: huir. Pero hacerlo por la salida corriente era peligroso. Se apoderaron de Oliver y de Stan y les obligaron a enseñarles otra salida. Oliver les indicó una puerta y Dixie se precipitó sobre ella.

Pero dicha puerta comunicaba con el pesadizo de la parte superior de una jaula y Dixie, a causa de su precipitación, cayó, pegándose un enorme portazo contra el suelo. Estaba en la jaula, rodeado por los barrotes. Horripilado notó un extraño contacto: era un león. De un salto quiso subirse a la parte alta, pidiendo socorro, pero las garras le derri-

baron y le hicieron trizas el traje. Poco después, Joe y Frank, a su vez, saltaban como unos muros, estrellándose contra el fondo de la jaula y zigzagueando su cuerpo.

—Mi próximo experimento, señoras y señores, es el famoso traslado invisible—decía, en aquel momento, Dante, señalando el átomo—. Voy a tratar de hacer pasar mi sujeto a través del espacio atómico, hasta el átomo de allá arriba.

Oliver golpeó el gong sostenido por Stan y éste vibró con el aparato mientras el gordinflón no le dio la gana de pararlo. Sus apuros no acabaron aquí. Dante le obligó a acercarse a un sarcófago; Stan quiso resistirse, pero el poder magnético del mago le inmovilizó. Completamente dominado, las orejas del aterrado Stan se movían de delante a atrás, como si dijeran adiós a la vida. Cerrado el sarcófago, Dante disparó contra el átomo, que descendió lentamente desde el techo...

Dante abrió el átomo, pero, en lugar de Stan vació el cadáver del Doctor, dando de bruces contra las tablas. Hubo un grito de horror. El fiscal y el teniente Foster abandonaron la sala en dirección del escenario. El policía, ante la sorpresa de la asustada Margot, acusó a Tommy del crimen y el joven, avergonzado, contó a la muchacha su vida anterior.

Dante aseguró que la bala que el había disparado no había matado al Doctor y fue detenido también. El fiscal Kilgory, entretanto, pasó corra de las cortinas. Unas vigorosas manos le apretaron por el cuello y un puñetazo le dejó sin sentido. Y las cortinas dieron paso al siniestro Darby, que abrió la puerta por donde cayeron sus cómplices y...

Oliver, llamado a Stan, encontró al fiscal y le acompañó al escenario para que Dante le curase. El teniente discutía con el fiscal, pero Oliver les interrumpió gritando con seguridad:

—¡Agüesto a que esos estudiantes le pegaron. Todos tenían revólver. Se fueron por la salida de la cabina bromiana.

Dante y Tommy exhalaban un gemido de horror. En un santiamén estuvieron delante de dicha cabina. Foster perdió los avisos de Dante y desapareció de la vista de

Oliver y de sus acompañantes, yendo a aumentar el número de las víctimas del león, cuyas garras esquivó escalando hacia la parte superior de la jaula.

Varios policías de uniforme se unieron a la comitiva capitaneada por Dante. Tommy abrió la jaula y los benditos fueron siendo esposados por los policías, según ordenaba el malhumorado Foster. Cuando quisieron hacer lo mismo con Darby, el fiscal lo impidió, diciendo:

—Parece que ha cogido a sus hombres, teniente. Gracias por haberme cogido el mío.

Era Steve Barnes, policía federal, que había urdido el plan de imaginar una herejía inexistente, simulando la muerte del trapezo, que, en realidad, estaba en la cárcel. Darby, al verse desenmascarado, lo contó todo. Había matado al Doctor, porque éste intentó hacerlo en cuanto abrió la caja al llegar al teatro antes que nadie.

Oliver les abundó preocupado por la ausencia de Stan, que no había dado señales de vida desde el trágico incidente. Espantoso al ver el aspecto ofrecido por la selva rota y compuesta por ellos y siguió vocando el nombre de su amigo.

He aquí que le pareció oír su voz a lo lejos. Un inmenso hueco de avestruz rodó desde un rincón hasta sus pies, en donde se detuvo. Inclínándose, logró oír la voz de Stan que decía:

—¡Sácame fuera de aquí, Oliver. Ayúdame a salir, Oliver. ¡Sácame! Este hueco soy yo.

Rápidamente, Oliver cogió una perra de encima de una mesa y con sumo cuidado rompió las cáscaras del hueco. ¡De su interior salió Stan, pero un Stan enano, apenas tan largo como un brazo! Al ver aquella figurilla, Oliver no se pudo dominar y se rió con toda su alma, lanzando unas frenéticas carcajadas, golpeándose las piernas...

—¡De qué te estás riendo?—se enfadó Stan, estirando su figurilla.

—Sim... Sala... Rim...

Y, después de citar las palabras mágicas de Dante, Oliver se rió, rió hasta que las lágrimas se escaparon de sus ojos.



...salieron de la catedral, en donde los había metido su gandulería.



Ante la casa. Antes había llamado antes que Oliver...



A los dos amigos se les pusieron los pelos de punta.



El Duque y Dile no reconocieron a Frank hasta que este se quitó el traje de baile.



Dorby Arca que les entrega a) Doctor un recorte de periódico.



Los dos vagabundos Abrieten como ante como cuando de salir al ver la televisión de hacer billetes.



Los dos hombres le alargan el billete muy rápido.



Eliver pidió la cuenta al camarero negro con el acto de un estudiante.



Una película de Oliver en acción en el apuro y pesada del caso.



"Dentro, el mundo", está un hombre en acción, serio y bondadoso.



Están reuniendo el mundo en acción.



El Doctor pidió asistencia con el Social Maternidad Hilgata.



Oliver y Oliver más vestidos fantásticamente, a estilo árabe.



Francé cayó de un escondite y los agarró con una pistola.



Hizo surgir de la nada a su sobrino.



Se consultaron detrás de un diámetro al día todo de paz.



Horripilado está un extraño contacto: era un ídolo.



Le cuerda casi estralla a Stan, que lloraba...



Volunt 4 tocar Oller...



Galpó el gang custodiado por Siam y tres viles con el apacato.



Las orejas del atrevido Siam se miran de delante a atrás.



El cuarenta del Doctor Sio de huirse contra las volutas.



El solista, ante la sorpresa de Marpat, cierra a Tommy.



El joven, avergonzado, contó a la muchacha su vida anterior.



Y las señoras dieron paso al señorío Darcy.



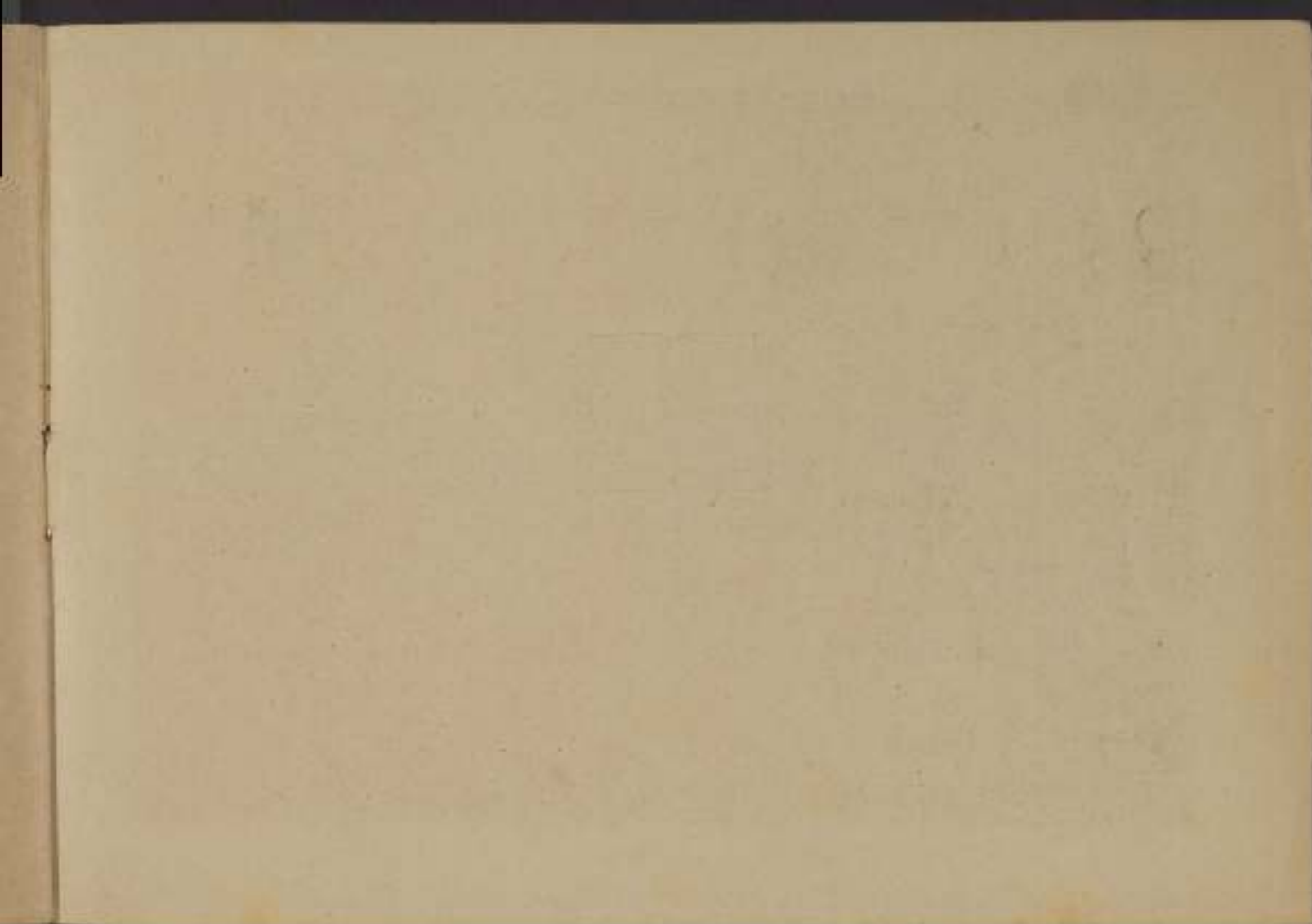
—Aquí es a que uno acudimos le peguen.



Fuente desahogada de la vista de Oliver y de sus acompañantes.



Al ves aquella figura, Oliver se se pode darrar e se já com todo o sim.





Cubierta. Imp. M. PELICER
Manacor, 111-Twísico 76192

Suiza
"PELICULA GRAFICA"